

APRENDER A VIVIR

Los abuelos guardan la vida que aún no hemos vivido.

Mora de Rubielos huele a piedra y leña quemada. Yo todavía huelo a ciudad. A metro, a asfalto caliente y a humo de los coches. Aquí el silencio se percibe distinto. No es que sea un silencio total; se oyen los pájaros, el aire colarse entre las hojas de los árboles y los grillos cantar, pero es un silencio que se te cuela de todas formas. Uno más real que el de la ciudad, con el constante paso de coches o gente gritando por la calle.

Llevo casi un mes aquí y aún no me acostumbro al canto de los grillos por las noches, o a asomarme a la ventana de noche y ver cómo brillan cada una de las estrellas en el cielo.

Como todas las mañanas, abro las cortinas y dejo que el sol pinte cada rincón de la habitación de la casa de mi abuela. Vine para cuidar de ella, porque últimamente se estaba empezando a olvidar dónde dejaba las llaves o de sacar a Neo, el perro que había adoptado para tener más compañía después de que mi abuelo falleciera.

Cuando yo me despierto, mi abuela ya lleva mínimo una hora despierta, y espera a que yo me levante a las 8 para desayunar juntas. Le preparo su riguroso café con leche y su tostada con mermelada casera y yo me hago lo mismo porque no me apetece pensar mucho y la mermelada que hace mi abuela está brutal.

Cuando enciendo mi móvil, como es habitual, no tengo ningún mensaje. Tal vez alguna notificación de que alguien ha subido algo en alguna red social, pero poco más. De vez en cuando, le escribo a mi mejor amiga, a la que lo era antes de venirme a vivir aquí, porque ya casi no hablamos si no soy yo la que le escribe para preguntarle qué tal todo por allí.

Aquí, solo tengo a mi abuela. No conozco a nadie ni salgo mucho de casa, así que normalmente me refugio en la pantalla de mi móvil a cualquier hora del día. Cuando acabamos de desayunar, mi abuela se cambia de ropa para salir, pero hoy, cuando ha dejado el plato en la pila, se ha sentado en el sillón sin siquiera ponerle de comer a Neo.

Abro la bolsa de su comida y se la pongo en su cuenco, y él viene corriendo meneando la cola y se queda unos instantes mirándome, porque no es habitual que sea yo quien le dé de comer.

Me voy a mi habitación y me cambio de ropa para sacar al perro, y antes de salir, le pregunto a mi abuela si me acompaña. En ese momento, parece que se ha acordado de lo que tenía que hacer y me ha dicho que sí, y que enseguida se cambiaba para venir.

Casi se me olvida coger el móvil antes de salir, pero cuando estoy a punto de hacerlo y miro a mi abuela con el perro, decido dejarlo en el recibidor, aunque me da una punzada de ansiedad y cierro la puerta tras de mí. Mi abuela conoce a todo el pueblo; cada vez que se cruza con alguien, se saludan y se para a hablar con más de una persona mientras Neo va corriendo por ahí. Esto hace que recuerde mi móvil y la poca gente que tengo yo para hablar, mientras aquí se conocen todos entre todos.

Muchos ya me reconocen de haberme visto o de que mi abuela les haya hablado de mí, y me saludan amistosamente, pero no tengo conversaciones de más de tres o cuatro frases con ellos. No es como las conversaciones que tenía con mi mejor amiga.

Me quedo allí plantada, mirando cómo mi abuela ríe con una vecina sobre algo que pasó hace más de treinta años, y me doy cuenta de que probablemente ellas sepan

más de la vida de la otra por un cotidiano saludo por la calle que yo de mi mejor amiga tras diez años de mensajes diarios.

Mientras ellas siguen hablando, aparece por detrás un chico al que me presentan como el nieto de la mujer con la que está hablando mi abuela. Parece que viene de comprar algunas cosas en la tienda de al lado. Cuando se queda mirándome, tengo el impulso de llevarme la mano al bolsillo para sacar el móvil y evitar hablar con él, pero me doy cuenta enseguida de que me lo he dejado en casa.

—Es la primera vez que te veo por aquí —me dice, rompiendo el silencio incómodo que se estaba formando mientras deja las bolsas en el suelo—.

—Ya, llevo un mes aquí, pero no suelo salir mucho. Hoy me apetecía acompañar a mi abuela a sacar a Neo a pasear.

—Pues fíjate que has elegido un muy buen día. Si sigues por esta calle hasta aquella casa que ves allí, hay unas vistas preciosas de todo el pueblo —contesta mientras señala una casa blanca unas calles más arriba—.

Nos quedamos un rato más hablando, un tiempo que se me hace corto, mientras nuestras abuelas terminan de contarse las últimas noticias del pueblo y, cuando nos despedimos, no nos pedimos el Instagram ni el WhatsApp. Simplemente me dice: “Nos veremos por aquí”.

Cuando tengo de vuelta toda la atención de mi abuela, que me dice de volver a casa, le digo si quiere ir al sitio que me ha dicho el chico para ver las vistas de las que me han hablado, y así lo hacemos.

Mientras vemos todas las casas a lo lejos, tenemos una charla informal y mi abuela me pregunta qué tal estoy. Una pregunta tan simple, y a la vez tan compleja. En vez de responder el típico “bien” que diría normalmente, hoy me siento con ganas de hablar.

Le cuento que últimamente no tengo ganas ni de salir de casa, porque siento que no tengo ninguna motivación para hacerlo. Que llevo desde que vine sintiendo que la que pensaba que era mi mejor amiga ya no lo es. Y que me siento perdida, que no sé qué hacer con mi vida y siento que soy un fracaso.

Se queda en silencio un momento. Pero no un silencio incómodo, sino el tipo de silencio que se toma alguien que ha aprendido a vivir sin prisa y a reflexionar antes de hablar.

—Yo también me sentí así —dice, y lo dice tan despacio que casi parece que lo está recordando mientras habla—. Tenía más o menos tu edad. A mí no me lo dijo nadie entonces, así que te lo digo yo ahora. Cuando no sabes qué hacer con tu vida, no es porque hayas fallado. Es porque todavía no has vivido suficiente para saberlo. Nadie nace sabiendo, y la única forma de aprender de verdad es experimentando. A base de prueba y error.

Noto que algo dentro de mí se relaja al sentirme realmente escuchada. Y me duele escuchar que mi abuela haya pasado por lo mismo, pero creo que puede tener razón.

Lo de tu amiga es de las cosas que más duelen, porque no es algo a lo que le hayáis puesto un punto y final. Es algo que poco a poco se va difuminando cada vez más, y eso no está mal. En la vida todo el rato entra y sale gente, y es normal que algunas relaciones se enfríen con el tiempo y terminen sin siquiera percibir cómo la niebla os va alejando. Y eso, para mí, se llora igual que cualquier pérdida, aunque poca gente lo entienda así.

Tiene las manos sobre el regazo, quietas, como siempre las ha tenido.

—Y lo de sentirte fracasada... escúchame bien. Un fracaso es algo que termina. Tú no has terminado. Estás aquí, delante de mí, contándomelo. Eso no lo hace alguien

que se ha rendido. Eso lo hace alguien que todavía busca, aunque no sepa muy bien qué. Y buscar, aunque a veces duela o parezca que no sirve de nada, es lo único que de verdad importa. La mayoría de las veces no se sabe qué se busca exactamente, solo se hace. Hasta que llega un punto en el que todo cobra sentido. Y todos los años que han pasado mientras pensabas que no estaban sirviendo de nada, lo son todo de un día para otro.

Desvía la mirada un momento, como si estuviera buscando algo allí en frente, o quizás dejando que lo que acaba de decir ocupe el espacio que necesita.

—Yo he llegado hasta aquí sintiéndome perdida muchas veces. Y cada vez que me perdí, encontré algo que no habría encontrado si hubiera sabido el camino desde el principio. Y eso es bonito, porque cada uno traza su camino. No te digo esto para que te sientas mejor ahora mismo. Te lo digo para que lo tengas, para cuando lo necesites.

No sé qué decir. Tampoco creo que haga falta decir nada. Solamente la miro con los ojos llenos de lágrimas. Pero no lágrimas de tristeza, sino de agradecimiento. Porque todo lo que me ha dicho, creo que es exactamente lo que necesitaba escuchar ahora mismo.

Y lo que al principio había sido un despiste, acaba siendo un nuevo comienzo para mí. Una nueva vida. Una nueva yo.